

Pandemia y filosofía

PATXI LANCEROS

Profesor de Filosofía Política de la Universidad de Deusto

Las voces negacionistas suenan a bravata ignorante y ridícula

Pasaba un servidor estos días de monacato obligatorio meditando sobre el ser en cuanto ser, dado que una venerable tradición decreta, con insistencia, que un filósofo ha de plantearse tal cuestión si quiere ser alguien, e incluso si quiere ser nadie; y yo, de manera negligente o culpable, ya había postergado durante mucho tiempo ese asunto urgente y crucial.

Pero ni oculto en el domicilio, ni sumergido en las imposibles profundidades de la ontología, puede uno aislarse del murmullo: sí del virus, no del rumor. Y el rumor crecía. No como crecen los datos de la pandemia: el número de infectados, de muertos, el número de parados, el incalculable número de dramas cotidianos. No se trata de esa desgarradora escalada.

No. El rumor que medra, y que me interesa por motivos profesionales —«no es nada personal, solo son negocios»—, es el de unas cuantas voces que, empadronadas en la remota provincia de la filosofía o en alguna circunscripción colindante, se han precipitado casi en tromba a la escena pública con el fin de mostrar lo que (en) la pandemia (se) oculta, lo que usted inadvertidamente padece; o peor: aquello en lo que quizá inconscientemente colabora. No es, claro está, la muy evidente incomodidad del confinamiento, tampoco las multiplicadas escenas de dolor tras la muerte sin duelo, excesivamente domésticas para quien trabaja con el concepto o flota en las muy elevadas regiones del Espíritu.

La verdad según esas voces, multiplicadas por una infinidad de ecos, es otra: y habla de autoritarismo como horizonte inmediato, de estado de excepción permanente, de nuevos órdenes internacionales anárquicos, totalitarios o represivos; entre los que se vislumbra, también, el advenimiento del comunismo.

A la generalizada metáfora de la guerra y su terminología asociada, que se conjuga y declina por doquier, se suma en este caso la escatológica retórica del fin. Una y otra son igualmente inadecuadas. Una y otra proyectan imágenes y anticipan comportamientos que nada tienen que ver con los que exige una pandemia presente y los que solicitará una recesión segura. Pero si uno esquiva con esfuerzo, en la medida de lo

escasamente posible, el retumbar de los tambores de guerra, tampoco quiere perderse, quizá por punible curiosidad, el espectáculo del fin del mundo.

Ya que el espectáculo se nos hurta de momento, hay que seguir recurriendo a la profecía. Y al leer esas crónicas del fin del mundo, se registra un artificio discursivo común a todas ellas: es preciso minimizar, a toda costa, las dimensiones y el alcance de la situación presente para peraltar la magnitud de la escena futura. O, en términos diagnósticos: la pandemia vírica no es la enfermedad, es el síntoma.

Valga como modelo argumental alguna cita del muy reputado Giorgio Agamben, que se alza «Frente a las medidas de emergencia frenéticas, irracionales y completamente injustificadas para una supuesta epidemia debido al coronavirus». Renuncio a glosar los adjetivos, drásticos, con los que el filósofo italiano califica las medidas. Retengo que la epidemia, no pandemia, es supuesta. Acaso no una hipótesis; simplemente un engaño. Una fábula que sirve a oscuros (para él claros) propósitos: «Parecería que, habiendo agotado el terrorismo como causa de las medidas excepcionales, la invención de una epidemia puede ofrecer el pretexto ideal para extenderlas más allá de todos los límites».

La invención de una epidemia: título del artículo de Agamben y motivo de otros muchos textos

que, como se ha dicho, aniquilan los dramas del presente para mejor exponer la trama oculta. Un negacionismo que, en boca de Donald Trump o de Jair Bolsonaro, suena a bravata ignorante y ridícula: precisamente lo que es, sea quien sea el heraldo.

No ha de preocupar, creo, la lógica que conduce ese tipo de discursos. Tampoco otros, como el de S. Žižek, que, inspirado en 'Kill Bill II', la película de Quentin Tarantino, ve en la pandemia el golpe mortal al capitalismo: el pobre, el capitalismo, está a cinco pasos de la muerte. Si algo acaba, si algo (nuevo) empieza tras la pandemia (no lo creo en absoluto) no va a proceder ni a través de la magia ni a partir de la siniestra lógica de diagnósticos insostenibles.

Lo que ha de preocupar es que ese acercamiento sedicentemente filosófico incurra en el multi-secular «desprecio de las masas»: los muchos, de Platón.

Y son muchos los que enferman, muchos los que mueren, muchos los que pierden su trabajo, su condición material de existencia. Son muchos los que cada día hacen pequeños o grandes gestos heroicos. Son muchos los que aplauden. Para el tipo de filósofo del que hablamos, muchas marionetas de un siniestro guiñol.

Prefiero, de entrada, salvar las apariencias y el fenómeno. Prefiero aplaudir con los muchos. Y volver, resignado, al ser en cuanto ser.

ANTÓN

